

Cinco días habían pasado de la catástrofe y aún los soldados y bomberos extraían cadáveres de entre los escombros y más de un perro aullaba entre las ruinas donde quedara sepultado su amo.

Varios sacerdotes revestidos, auxiliados por sus monaguillos, recorrían las calles dando su bendición a las mujeres atribuladas y yendo a los improvisados hospitales donde gemían los heridos con estertores de agonía. Era algo dantesco, abrumador, que estremecía el alma en deseos de llorar ante la ciudad mutilada mirando al cielo, como en demanda de una piedad tardía.

Busqué la vía de Giordano Bruno.

Por las fachadas de algunos edificios que quedaban en pie, milagrosamente sostenidos, pese a sus enormes brechas, pude guiarme. La casa en que yo viviera parte de mi juventud había caído en tierra. Era un montón informe de ladrillos, piedras y maderos... Algunos pedazos de muralla dejaban ver el papel floreado de la que fué nuestra alcoba.

Hago hincapié en este vulgar detalle, pues la visión de aquel fragmento me llenó de emoción. Entre los cristales rotos de un balcón, el viento agitaba, como una bandera, un pedazo de cortina...

Algunos hombres con ganchos sacaban objetos de entre los escombros, en su mayoría pedazos de estatuas que adornaron largos años el taller de Lucrecio Veroni.

Entre ellos reconocí a un vecino, dueño de una barbería.

—¿Sabe usted si la familia Veroni se ha salvado?—pregunté ansioso.—Hace dos o tres horas que vago por Mesina y nada he podido averiguar respecto a su paradero...

—Ah, señor Rovelli—lamentóse el barbero.—¿Quién no tiene que llorar un muerto entre los suyos?

Hacía aspavientos, mostrando con los puños crispados, como un anatema, todo aquel montón miserable de despojos que constituyó antes su barbería.

—¿Ha ocurrido una desgracia, acaso?...

—Lamento ser yo quien le dé la mala noticia. Su suegra quedó con las piernas quebradas, aplastada bajo una muralla. Murió a las pocas horas del terremoto. La señora Adelaida, si no me equivoco, se refugia en una fonda de la Puerta Marina, que ha quedado en pie...

Quedé anonadado. La muerte de la anciana despertaba en mí la visión de su cabeza blanca y de aquella su sonrisa bondadosa.

—¿En la Puerta Marina, dice?

—Sí, señor, si no estoy mal informado.

Eché a andar, no sin antes lanzar una última mirada a las ruinas de la vía Giordano Bruno. Sentía como el peso de una mano sobre el corazón. Era una extraña congoja que me anudaba la garganta, sin lograr hacerme lágrimas.

Llegué a la Puerta Marina. En mi recorrido encontré varios amigos que me entretuvieron narrándome, con vivos detalles, la intensidad de la catástrofe, contándome escenas de horror en las que ellos habían figurado, dramáticamente, perdiendo seres queridos.

Era ya mediodía. Recorrí varias de las humildes hospederías situadas en la Puerta Marina, pero nadie supo darme razones de Adelaida.

Entré a lo que fué una taberna.

Una mujer regordeta barría montículos de cristales rotos, vasos y botellas descacharrados.

Por fortuna, ella supo indicarme el paradero de mi cuñada.

—Es allí al frente, en ese entresuelo.

Había pasado varias veces frente al edificio sucio y chato, sin reparar en la muestra.

La dueña del albergue me confirmó que Adelaida se hospedaba en su casa.

—Debe haber ido al cementerio—me dijo.—Quizá allí la encuentre...

Rogué a la mujer me sirviera cualquier cosa de comer, y luego emprendí mi marcha, camino del cementerio. Había que cruzar casi todo Mesina, desde el puerto hasta la parte alta de la vía Provincial. Fué una peregrinación lamentable por calles ruinosas. En algunos sitios el pavimento de piedra pómez habíase abierto en profundas grietas. No olvidaré nunca una iglesia en ruinas. Quedaba en pie una arcada de su nave y entre escombros se veía el altar, la custodia y los vasos sagrados... Brillaba el oro entre la masa informe de ladrillos y cal. Para evitar un robo sacrílego dos soldados, con la carabina al hombro, resguardaban la iglesia.

El cementerio me dió una sensación pavorosa. Entre los cipreses, las cruces de mármol, los túmulos, los sarcófagos de alabastro, habían caído en tierra, formando un hacinamiento macabro de mármoles rotos y ataúdes despedazados.

Algunas humildes cruces de hierro permanecían incólumes, pero la mayor parte